

Exclusivo para BRECHA, desde La Habana, por José Wainer

Festival a marcha forzada

El aporte de México (salvo la excepción de *Frida, naturaleza viva*, de Paul Leduc, que merece mención aparte) tampoco fue muy significativo, salvo en un corto, cruel y desencantado, como *Diamante*, de Gerardo Lara, reminisciente de *Los olvidados* o el primer Pasolini. ■

Frida, naturaleza viva, de Paul Leduc, puede aspirar al título de grandeza tan ausente en esta muestra. Entre biografía y retrato filmado de la pintora mexicana Frida Kahlo, compañera de Diego Rivera, Leduc prescinde de la cronología y desdén copia literamente la imagen elaborada con las obras de la protagonista (un poco a la manera de los *tableaux vivants* de Van Gogh por Minelli, o de Toulouse Lautrec, por Huston). Nada de eso. Leduc quiere suscitar también un punto de encuentro pero no caer en la transcripción reverente. El realizador convoca al personaje para recibir y dar, para aprender y mostrar lo aprendido en una exploración desprejuiciada y voluptuosa de la materia y de los recursos que tiene entre manos. Los contrastes de la protagonista, el sufrimiento físico, la euforia creativa, la disparidad de su experiencia, sus claros-oscuros, componen una suerte de celebración de la vida, una aspiración de totalidad que otorgan a la obra el mismo tono de irrenunciable aventura que imprimió a todo su quehacer (en el arte, en el amor, en la política) esta criatura. Un cuadro dictado por el *parti-pris*, por la voluntad de homenaje, pero no un epitafio, ni un monumento funerario.

El otro trabajo excepcional que convocó este evento y lo justificó por lo ancho y a lo hondo fue *Tangos. El exilio de Gardel*, de Fernando Solanas, que lo confirma como uno de los hombres de cine más completos que haya dado América Latina. Fiel a su tiempo y fiel a su obra, esta película retoma y extiende las búsquedas y las reflexiones que han nutrido su corta, pero relevante, trayectoria anterior. Su tema privativo, el exilio-éxodo latinoamericano, la expulsión, la dispersión, el ambular por el desierto (aquí, el desierto-París) en busca de la siempre postergada promisión, está en primer plano. Solanas descubre al tango, a Gardel, a Pugliese (a quien muestra doblándose a sí mismo, en una ejecución que ya nadie, ni él mismo, ni sus músicos actuales, podrían remedar), a Piazzolla, y ese descubrimiento estimula una regocijada vuelta de tuerca a su mundo creativo. Tanguedia (neologismo que suma y combina tango, tragedia, comedia) es el título inventado para designar, él también, una síntesis: el Solanas conocido y el Solanas que camina por la cuerda floja con los ojos vendados, el Solanas que termina la pieza tocando con una sola cuerda. Síntesis de historia y de mito, de tiempo y de eternidad, lo pedestre y lo sobrenatural se subliman en estas imágenes impares.

Fueron las dos obras más nobles y más atrevidas, y el jurado, en un fallo tan ejemplar como las películas que distinguió dándoles el primer premio compartido, trazó el camino de salida. ■